

Smo. Padre. Sólo nos queda por cumplir un deber muy sagrado, si queremos salvar á nuestra Patria del naufragio de la incredulidad que la amenaza y hacerla entrar por las hermosas sendas del bien. Este deber consiste en que trabajemos sin demora y con toda la energía de nuestra alma por fomentar y extender de cuantas maneras podamos el culto de la Sma. Virgen de Guadalupe. De este modo cumpliremos un deber de religión y un deber de patriotismo; porque, como ha dicho un escritor moderno nada sospechoso á los incrédulos: "El día en que no se adore á la Virgen del Tepeyac en esta tierra es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la México actual." [1]

Es por esto, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, que, no obstante nuestra pequeñez y la notoria pobreza de nuestra diócesis, nos hemos resuelto á fundar la piadosa Asociación de Misioneros Guadalupanos, y estamos dispuestos, con la gracia de Dios, á llevar adelante esta empresa, á pesar de las grandes dificultades que de seguro se opondrán á ella.

Pero ¿cuál es el fin de este nuevo Instituto? ¿Cuáles las obras de celo que emprenderá? Podemos responder á estas preguntas con una sola frase que encierra todo nuestro pensamiento, á saber: Los Misioneros guadalupanos que acabamos de fundar, siguiendo el ejemplo de los pri-

1. Altamirano: Pasajes y Leyendas.

meros religiosos que evangelizaron nuestra Patria, serán los apóstoles de la devoción de la Sma. Virgen de Guadalupe, y á la instrucción religiosa y cultura espiritual de las almas unirán la enseñanza de las artes y de varios géneros de agricultura, para hacer participantes bajo el estandarte guadalupano á los pueblos, especialmente de raza indígena, de los beneficios de la verdadera civilización cristiana." Aclaremos estas ideas.

II.

Es una verda dhistórica perfectamente demostrada que la propagación del Evangelio en México, y por lo mismo, la difusión de la verdadera civilización, no se hizo sino bajo la sombra de la Sma. Virgen de Guadalupe, á quien Dios Ntro. Señor constituyó de un modo especialísimo Apóstol de nuestra Patria y dispensadora de sus celestiales tesoros. Esta grande obra, que en otras partes ha costado para su establecimiento innumerables mártires, se realizó aquí sin derramamiento de sangre y de una manera tal que parece sentirse en toda ella el espíritu de dulzura de la Sma. Virgen, que presidía á su ejecución. Abramos, en efecto, el gran libro de la Historia y examinemos atentamente esas brillantes páginas. Al lado del gran conquistador Hernán Cortés, que con un puñado de valerosos soldados destruyó el

grandioso imperio de Moctezuma é hizo tremolar sobre sus ruinas el estandarte de la católica España, aparece el humilde religioso mercedario Fr. Bernardino de Olmedo, que lleno del espíritu del Señor vela sin cesar por la gloria de la Religión y va arrojando con singular prudencia y caridad en esta tierra privilegiada la preciosa semilla del Evangelio. Cinco años habían trascurrido desde que este ilustre misionero arribó á nuestras playas soportando los trabajos más penosos, cuando el 13 de Mayo de 1524 llegaron á Veracruz doce humildes hijos de San Francisco presididos por el benemérito padre Fr. Martín de Valencia, que á imitación del Seráfico Patriarca de Asís, rebosando su corazón en el amor de Dios venían á estas regiones sin otras miras que plantar en ellas el árbol santo de la Cruz. El primer espectáculo de grande edificación que dieron á los indios fué la manera como emprendieron su viaje hasta México. Fr. Martín de Valencia y los virtuosos religiosos de que era Prelado se pusieron en camino, dice un historiador moderno (1), marchando á pié y descalzos, cargando el escaso y frugal alimento que habían de tomar, sin querer admitir caballería ninguna de carga y mostrando en sus viejos y humildes hábitos la modestia de su corazón y la sencillez de sus costumbres. No habían marchado en busca de oro ni se dirigían en busca de reparti-

Zamacois: Historia de México, tom. 4, pág. 220.

mientos. El espíritu que los guiaba era más grande, más noble: ser útiles á la humanidad, consagrarse completamente al bien de los indios, habitar en las humildes chozas de los sencillos indígenas, constituyéndose en sus ardientes defensores y en sus benéficos maestros. Por esto es que luego que llegaron á la metrópoli, el padre Fr. Martín de Valencia, no queriendo que se perdiese un solo instante en la predicación del Evangelio, envió á los doce religiosos, á imitación de Jesucristo, repartidos de cuatro en cuatro, por las ciudades de Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo, para que derramasen las benéficas máximas de la moral cristiana entre los numerosos indios, constituyéndose en defensores y maestros de ellos. Establecidos los virtuosos misioneros en los diversos pueblos á que se habían dirigido por disposición de su Prelado, pusieron por obra la construcción de conventos, que los indios voluntariamente y dirigidos por los mismos religiosos, que se hacían amar de los pueblos por su ejemplar vida y el cariño hacia los naturales, fabricaban sin querer cobrar nada por su trabajo. Al lado de cada convento, se levantaba á la vez una escuela con amplios salones destinados á la educación de la juventud indígena. Reunidos allí los niños, en número de ochocientos á mil en cada convento, los mismos se dedicaban á su educación con noble celo, tratándolos con un amor y dulzura apostólicos. A nadie se castigaba ni con el gol-

pe más leve; la emulación y los consejos eran los medios de que los virtuosos sacerdotes se valían para guiar por el buen camino á sus tiernos educandos. Anhelando ardentemente poseer el idioma de los indígenas, para propagar más fácil y elocuentemente la Religión Cristiana y comunicarse con ellos, se dedicaron con empeño y asiduidad á aprenderlo. Varios medios emplearon para esto. Era uno tomar parte en los juegos de los educandos, llevando siempre tintero y papel. Cuando creían haber entendido alguna voz, por la consecuencia del mismo juego, la apuntaban, y juntándose por las tardes los misioneros de cada punto, confrontaban entre sí los apuntes, formando de este modo una especie de Diccionario, que iban aumentando diariamente con nuevas voces que aprendían y procuraban retener en la memoria. Para poner á prueba la exactitud de las palabras, las repetían á los niños, quienes comprendiendo el noble objeto que guiaba á los excelentes sacerdotes, no solamente les corregían la voz, cuando no estaba pronunciada con perfección, sino que les dirigían muchas preguntas, proporcionándoles de esta manera la inteligencia de muchas frases.

A la enseñanza religiosa agregaron la de otros ramos importantes. El religioso Fr. Pedro de Gante, lego franciscano de los primeros que vinieron á nuestra Patria, fué el que más se distinguió en esto. Desde que pisó el país, sin más ambición que la de ser útil á la humanidad

se dedicó con infatigable anhelo y con una paciencia verdaderamente apostólica á enseñar á los indios la doctrina erística, la escritura, la gramática latina, el dibujo, la música, la pintura y arquitectura. Para poder dar mayor vuelo á la enseñanza, fundó el Colegio de Niñas y el de San Juan de Letrán, logrando difundir la ilustración y el saber entre los que asistían á recibir sus lecciones. No satisfecho aún con esto, dedicó algunas horas para enseñar á los jóvenes los oficios de carpintero, sastre y otros muy productivos entonces, valiéndose de algunos religiosos que le ayudaban en sus nobles tareas. La escuela que planteó en Texcoco fué la primera que hubo en todo el vasto continente americano, y á él se debieron los primeros talleres de oficios, puestos por él para que los indígenas bajo su dirección los aprendiesen.

Un celo extraordinario desplegó también por la cultura de los indios el Illmo. Sr. Vasco de Quiroga, nombrado Obispo de Michoacán. Siguiendo la política de los antiguos reyes michoacanos, que obligaban á sus pueblos á ocuparse cada uno en una sola arte, hizo que se les enseñaran los diversos oficios europeos, así como todos los ramos útiles.

Esta conducta verdaderamente ejemplar y eminentemente civilizadora fué observada por los demás religiosos; de aquí nació ese profundo cariño, mezclado de reli-

gioso respeto, que sentían los indígenas hacia aquellos ministros del Señor, que descalzos, con un viejo hábito y repartiendo entre los pobres lo poco que tenían, iban á vivir entre ellos huyendo del bullicio y de los goces de la sociedad. Los humildes religiosos eran sus maestros, sus amigos, sus defensores y los que recogían en los hospitales á los míseros enfermos que carecían de recursos.

Este hermoso plan de evangelizar á los indios y de introducirlos suavemente por las sendas de la civilización fué inspirado sin duda por la Sma. Virgen á los primeros misioneros, puesto que se trataba de una heredad que Dios había puesto bajo su especial cuidado; pero para que se viese de una manera palpable que á Ella, en efecto, debían atribuirse sus benéficos resultados como á Apóstol de esta grande obra, quiso que sus frutos no se recogiesen con abundancia sino cuando santificase con su presencia las rocas del Tepeyac.

Y á la verdad, mientras que en los nueve años que precedieron á su maravillosa Aparición apenas se habían bautizado ochocientos mil indios, desde que se apareció al felicísimo Juan Diego y nos dejó como prenda de su amor su bellísima Imagen, se ablandó de tal manera el corazón de los naturales, que como lo atestigua en su historia el P. Mendieta, eran tantos los que venían al bautismo, que á los ministros que bautizaban muchas veces acontecía bautizar en un día cuatro, cinco ó seis mil a-

dultos y niños. En cuatro ó seis años quedaron bautizados por sólo los religiosos franciscanos más de diez millones desde la Aparición de la Sma. Virgen de Guadalupe. Fundado en estos hechos el historiador norteamericano y protestante Mr. Bancot no vacila en asegurar que la supresión de la idolatría en México se debe principalmente á la milagrosa Aparición de Ntra. Señora de Guadalupe. Y ¿qué diremos de los grandes progresos en la virtud que bajo la sombra de la Sma. Virgen hicieron los indios recién convertidos? El Illmo. Sr. Obispo de Tlaxcala, Fr. Julián Garcés, refiere en su bellísima carta al Sumo Pontífice Paulo III los grandes adelantos que hacían en la perfección cristiana los naturales, y aun multitud de gracias extraordinarias con que Dios Ntro. Sr. los colmaba. Y juntamente con estos progresos tan notables en el orden religioso son dignos de admiración los adelantos que hicieron esos pueblos en la literatura y en las ciencias. No parece sino que la Sma. Virgen quería manifestar de una manera espléndida la predilección con que los veía y confundir á sus enemigos gratuitos, que les negaban hasta el uso de la razón. Grande es el catálogo de los hombres ilustres de raza indígena que descolaron en aquellos ramos en el siglo XVI, poco después de la maravillosa Aparición de Ntra. Sra. de Guadalupe; pero nos bastará citaros entre otros al sabio jesuita Juan Tovar, de noble familia azteca, que recibió una brillante

educación en el colegio de S. Pablo y escribió varias obras relativas á los sucesos de Anáhuac anteriores á la conquista; á otro indio también Tovar, D. Antonio Tovar Cano de Moctezuma, que escribió varias obras históricas, y á los notables escritores D. Antonio Pimentel Ixtlilxochil, D. Juan B. Pomar, D. Tadeo de Niza, D. Fernando Alvarado, D. Gabriel Ayala, D. Cristóbal Castañeda, D. Manuel Alva, D. Pedro Gutiérrez de Sta. Clara y otros muchos que omitimos por brevedad.

Con razón la Iglesia en la oración del Oficio de Ntra. Sra. de Guadalupe, llena de reconocimiento y alegría, da gracias á Dios Ntro. Señor por habernos puesto bajo la protección especial de su Sma. Madre y porque recibimos de sus bondadosas manos perpetuos y abundantes beneficios.

Supuesto esto, ahora que se trata de continuar la grande obra de la evangelización de los indios, paralizada en gran parte por la supresión de las misiones y órdenes religiosas; ahora que urge refrenar la audacia del demonio, que hace esfuerzos inauditos por reconquistar el poder que le arrancara la Sma. Virgen sobre tantos pueblos idólatras, valiéndose principalmente del Protestantismo, que es su capital enemigo, parece natural que adoptemos el mismo plan que por especial providencia de Ntra. Sra. emplearon con tan magníficos resultados los primeros religiosos que evangelizaron nuestra Patria; y esto es lo

que nos proponemos al fundar nuestra humilde asociación de Misioneros Guadalupanos.

Por lo tanto, ya podéis comprender, VV. HH. é hijos muy amados en Jesucristo, cuál sea el fin de este Instituto. En primer lugar, se ocupará en propagar de palabra, por escrito y por cuantos medios sugiera el celo apostólico, la devoción y el amor á la Sma. Virgen de Guadalupe, constituyéndose en verdaderos apóstoles de su culto y celadores de su honra. Segundo, realizar por medio de las obras de celo que emprenda los amorosos designios de Ntra. Sra. en favor de los mexicanos, especialmente de la raza indígena. Estas obras serán: 1º continuar la evangelización de los indios, que se considerará como la obra predilecta de la Asociación. 2º la santificación de las almas por medio de las misiones, ejercicios espirituales, días de retiro, catequismo, etc. etc. 3º el establecimiento de colegios para la instrucción de la niñez, para lo cual se formarán en la Asociación profesores aptos que desempeñen las clases. 4º la enseñanza de artes y oficios que se crean más útiles para promover el bienestar de los pueblos, especialmente de la raza indígena. 5º el establecimiento de una escuela de agricultura en donde se aprenda el cultivo de los productos que permita el clima y los terrenos de la diócesis. Todo esto con el único objeto de que al evangelizar á los indios, juntamente con la